

Llamamiento a los intelectuales de Latinoamérica

# “¡QUE POCO REVOLUCIONARIO SUELE SER EL LENGUAJE DE LOS REVOLUCIONARIOS!”

Julio Cortázar

Compañeros:

Hubiera querido leer personalmente este mensaje; hubiera querido estar hoy entre ustedes. Un calendario cada vez más exigente y un tiempo cada vez menos elástico me lo impiden. Si este mensaje me acerca de alguna manera a este Encuentro, me sentiré menos culpable de una ausencia personal que tanto me duele a la hora en que amigos y compañeros se reúnen en ese gran recinto querido de la Casa de las Américas. Que estas pocas palabras sean también, como siempre, mi mano tendida.

Como todos ustedes, he firmado el escueto, claro y terminante Llamamiento por los Derechos Soberanos y Democráticos de los Pueblos de nuestra América, en torno al cual se articula este Encuentro. Creo que pocas veces se ha dicho tanto en dos párrafos, y que su contenido no sólo es una síntesis de nuestra situación actual frente al asedio que nos hostiga, sino una escuela práctica, un vademécum de la acción que nos reclama como protagonistas, un punto de mira para las múltiples armas de la inteligencia y la sensibilidad de los escritores, los intelectuales y los artistas de América Latina y el Caribe.

Precisamente por ser tan conciso y directo, ese Llamamiento incita a que cada uno de nosotros lo despliegue dentro de una dialéctica que lo enriquezca y lo vuelva más eficaz y más dinámico; su breve texto es como una ventana, limitada por su marco pero a través de la cual los ojos avizores pueden abrirse al inmenso horizonte de nuestras tierras, de nuestros pueblos, de nuestros destinos. De pie ante esa ventana, mirando hasta donde me es posible alcanzar, veo lo que también ustedes estarán viendo, el panorama casi siempre desolado y desolador de pueblos enteros sometidos a lo que el Llamamiento califica de campaña de intimidación y desinformación manipulada por los intereses imperialistas de los Estados Unidos de Norteamérica (y no de América, como tantas veces traducen ellos y sus escribas el nombre de su nación).

Pero al mismo tiempo que veo ese panorama, veo también otras cosas que el Llamamiento no ha incluido en su enunciado. Uno que no lo ha hecho por dos motivos principales: el primero, para concentrar la atención en el factor capital que constituye lo que él mismo llama una nueva forma de guerra de nuestros enemigos; el segundo, porque descuenta que cada uno de nosotros sabe que ese factor no es desgraciadamente el único que conspira contra la identidad profunda y el destino histórico de nuestros pueblos. Por mi parte, creo necesario explicitar la presencia de ese segundo enemigo que de alguna manera me parece todavía más peligroso y repugnante que el primero; estoy hablando del enemigo interno, de las fuerzas reaccionarias que de manera abierta o embozada operan en el interior de cualquiera de los países latinoamericanos y caribeños sometidos al ataque abierto del imperialismo norteamericano.

Cada día siento más la necesidad de clarificar conceptos que muchas veces se manejan sin el rigor crítico suficiente, y uno de esos conceptos es el de pueblo cuando se tiende a emplearlo como una totalidad positiva frente al enemigo exterior, sin precisar que nuestros pueblos más oprimidos lo están en gran medida por razones fratricidas, sin admitir con suficiente claridad que una parte de esos mismos pueblos son el terrible caballo de Troya de los Estados Unidos en cada uno de sus países: Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia, El Salvador, Guatemala, para nombrar solamente a países donde esa evidencia salta a la vista, son trágicos ejemplos de esa Alianza para el Retroceso; pero también hay otros en los que la misma traición a nuestro destino se da de maneras más encubiertas pero igualmente nefastas.

Denunciar no sirve de mucho si inmediatamente no se pro-



ponen medios que puedan neutralizar ese componente de la guerra que no dudo en calificar de fratricida. No soy yo quien puede inventar o mostrar esos medios, pero sí, dando un paso atrás absolutamente necesario, indicar por lo menos algún punto de vista que pueda ayudar a quienes, desde los puestos de mando y los liderazgos auténticamente nuestros, buscan

crear el terreno más favorable para que los pueblos oprimidos y vejados se liberen por fin de sus enemigos de fuera y de dentro. Ese punto de vista reclama imperativamente una crítica severa, incluso despiadada, de todos los prejuicios mentales, los vocabularios desvitalizados, las nociones maniqueas que a través de discursos, medios de comunicación, propaganda política y consignas partidarias, suelen distanciarnos de una realidad que es necesario enfrentar cada vez más lúcida-mente si no queremos sustituir el sistema de mentiras del enemigo por un sistema de ilusiones igualmente negativo.

En muchos de nuestros países oprimidos por regímenes implacables, una parte de esa opresión se basa en un deliberado confusiónismo ideológico, en la explotación de los sentimientos nacionales y patrióticos a favor de las malas causas, y en la deformación de toda propuesta ideológica progresista que es inmediatamente presentada como un atentado a la soberanía y a la libertad. Frente a ese trabajo intelectual del enemigo externo e interno, realizado con una destreza que sería absurdo negar puesto que sus efectos saltan a la vista, ¿estamos hoy seguros de oponerle en todos los casos un lenguaje político y ético capaz de transmitir ideas nuevas, de transportar una carga mental en la que la imaginación, el desafío, y yo diría incluso y necesariamente la poesía y la belleza, estén presentes como fuerzas positivas e iluminadoras, como detonadores del pensamiento, como puentes de la reflexión a la acción? Desde luego, todos conocemos textos, discursos y mensajes que cumplen admirablemente esa misión de llevar a nuestros pueblos una verdad cargada de vida y de futuro; pero a cambio de algo que todavía sigue siendo una excepción, ¡cuánta retórica, cuánta repetición, cuánta monotonía, cuánto *slogan* gastado! ¡Qué poco revolucionario suele ser el lenguaje de los revolucionarios!

Es obvio que esta disyuntiva entre la reiteración y la renovación nos concierne directamente a nosotros, los que redactamos llamamientos, los que publicamos libros o poemas, los que hablamos en las tribunas o escribimos en los periódicos. De nosotros depende que los vastísimos sectores populares actualmente confundidos o engañados por la brillante manipulación informativa norteamericana y la no menos hábil que emana de los sectores cómplices del interior, vean con creciente claridad el panorama que los rodea, analicen con mayores recursos mentales las encrucijadas y las opciones, y se pongan en condiciones de enseñar a los indecisos y a los ingenuos a distinguir entre una propaganda disfrazada de información y una información precisa y enriquecedora. A nosotros, los que hemos elegido hacer de la palabra un instrumento de combate, nos incumbe que esa palabra no se quede atrás frente al avance de la historia, porque sólo así daremos a nuestros pueblos las armas mentales, morales y estéticas sin las cuales ningún armamento físico conduce a una liberación definitiva.

Este Llamamiento que hoy nos reúne tiene la enorme eficacia de su brevedad, y sé que se abrirá paso como un grito de alerta en muchas conciencias. También así, como el follaje naciendo en torno de este texto central, de este Encuentro pueden nacer nuevas formas de contacto y nuevas intuiciones para la reflexión y la acción, y es tarea nuestra proyectarlas con su máxima fuerza hacia quienes las necesitan y las esperan en este tiempo de mentiras, de engaños y de falsos caminos. Bueno es decirlo una vez más: las revoluciones hay que hacerlas en los individuos para que llegado el día las hagan los pueblos.

Encuentro de los Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. Casa de las Américas. La Habana, septiembre de 1981.